

4. Imaginarios de la modernidad

Comentario a la ponencia de Jorge F. Liernur

José Emilio Burucúa

Universidad de Buenos Aires

Ya desde el título hay una intención de colocar este trabajo bajo la órbita de Bourdieu –dice Liernur: “un examen de las primeras reacciones del campo técnico cultural”–, pero yo diría que es una prueba maestra de aplicación, más bien, de la teoría de la recepción.

El método de Liernur es hablarnos de una serie de respuestas, en forma de representaciones, al discurso corbusieriano, y analizar los apartamentos entre estas representaciones. Lo extraordinario del trabajo es que a merced de esos apartamentos podemos vislumbrar, y también llegar a decir cosas y distinguir por diferenciaciones, lo peculiar de la cultura argentina, situarnos en lo concreto y lo real de nuestro mundo de ideas.

Otro aspecto a tener en cuenta para descifrar este denso trabajo es que las respuestas de los individuos aparecen siempre en el marco de las instituciones, siguiendo, en este sentido, un viejo principio de Gombrich de abordar desde las instituciones esas respuestas para rearmar la lógica de las situaciones. Las tres instituciones analizadas son Los Amigos del Arte, la Escuela de Arquitectura de la Facultad de Ciencias Exactas, y la asociación Los Amigos de la Ciudad. Ahora, aquí hay algunas perplejidades que marca Liernur, pero creo que, a pesar de la lectura final donde él se refiere a qué es lo que dijo Le Corbusier en esas conferencias, he notado

que –y quizás sea un pequeño reproche, sé que el texto es parte de un trabajo mayor– para comprender exactamente el significado de las respuestas se hubiera necesitado, por lo menos, de una presencia mayor del texto del propio Le Corbusier. Saber si no hubo algún apartamiento significativo por parte de él respecto de las teorías, o de las ideas arquitectónicas que iba encontrando en este medio. Debo suponer que no ha de haberse apartado demasiado. De cualquier forma, creo que sería interesante ver en directo el encuentro del texto corbusieriano con estas respuestas.

Sobre el primer grupo, el de Amigos del Arte, Liernur demuestra que hubo una cierta incapacidad para comprender lo que Le Corbusier decía. Él ha mencionado a Waldo Frank, también ha mencionado el caso de Alfonso Reyes, con quienes parece haber habido mucha mayor sintonía, por lo menos de parte de Victoria Ocampo, lo que creo que se explica por el hecho de que todos ellos eran escritores, mientras que Le Corbusier estaba hablando de *cosas*. Él es, amén de un arquitecto enunciador de teorías y sistemas de ideas arquitectónicas, un hacedor. Por empezar, hay una tensión en el interior del propio Le Corbusier que creo se multiplicaba entre los personajes de la asociación Amigos del Arte. Hasta sería posible tratar de distinguir ciertos matices en estas ambigüedades o en

esta incompreensión del grupo hacia las ideas de Le Corbusier. Pienso, sobre todo, en el caso de María Rosa Oliver, que parece haber sido una mujer capaz de comprender quizás algo que fuera más allá del mundo de la literatura; no el caso de Victoria, como surge además de la cita tan explícita. Y creo que la política –algo así menciona Liernur– puede haber tenido su peso en la ambigüedad de las respuestas de ciertas personas de este grupo.

Creo que el problema debería situarse, sobre todo, en este interés de Le Corbusier por construir una familiaridad con el mundo de las cosas, que, creo yo, era un mundo bastante ajeno al grupo de Amigos del Arte. En cambio, es este problema de las cosas el que aparece en primer plano en el otro grupo que Liernur viene a descubrir, el que tuvo la mayor receptividad y la más entusiasta respecto de Le Corbusier, el grupo de los ingenieros y arquitectos de la Facultad de Ciencias Exactas. Recalco esta asociación que hace Butti entre Bergson, Einstein y otras preocupaciones sobre las que había expuesto el modernismo de Le Corbusier.

Cuando el trabajo se refiere a las revistas, en especial *Nuestra arquitectura*, dirigida por el socialista Hilton Scott, reaparecen algunas perplejidades sobre la teoría corbuseriana y las posibilidades de transformación de lo real que yo creo que pueden tener algún contacto con las perplejidades de María Rosa Oliver. El tema central aquí es, como Liernur mismo ha recalcado, el papel de Bustillo y de Guido, pero todavía más de Bustillo. Este último considera a Le Corbusier un iconoclasta, dice Liernur: “un formalista despreocupado por la producción y el destino concreto de sus obras”. En tanto Guido ve en Le Corbusier al tecnócrata, al cultor de un barroquismo material al que él opone su propio entusiasmo por el barroquismo espiritual.

Intentando no pecar de ese anacronismo al que se había referido Beatriz Sarlo en la primera ponencia de hoy, creo que el grado

de verdad, si es posible decir esto, el destino, la fortuna de estas críticas de Bustillo y Guido en relación con nuestra perspectiva actual sobre Le Corbusier pueden ayudarnos a entender mejor el papel de Bustillo, el más importante en esta cuestión. No hay duda de que también la crítica de Angel Guido ha tenido sus epígonos hasta llegar a eso que podríamos llamar la “santa indignación” actual de un historiador de la arquitectura como Ramón Gutiérrez respecto del legado corbuseriano; pero la crítica de Bustillo es muy poderosa, sobre todo pensando en que, finalmente, Bustillo ha sido uno de los arquitectos que ha definido de manera más acabada una imagen muy penetrante de la Argentina moderna. Pienso que si pudiera identificarse un imaginario nacional con algunos edificios en este siglo, entre ellos deberían estar el edificio del Banco de la Nación, sin lugar a dudas los edificios del Casino de Mar del Plata, el hotel Llao-Llao; paisajes que aparecen íntimamente vinculados con hitos que estableció Bustillo en los que indiscutiblemente hay, a veces afuera y a veces adentro de los edificios, un lenguaje moderno.

Esto reforzaría la tesis fundamental del trabajo de Liernur, aquello que nos viene a mostrar: la recepción evidentemente crítica, paradójica, que tiene el corbusianismo en 1929 entre nosotros, parece ser producto de un conocimiento bastante refinado no sólo de las teorías corbuserianas sino de otras teorías arquitectónicas. Sería interesante saber hasta qué punto se conocían en la Argentina las experiencias de la vanguardia rusa –ignoro si aparecen en la revista dirigida por Hilton Scott–. Lo más importante de este trabajo, entonces, es que prueba la enorme densidad de la cultura arquitectónica argentina, y es en el marco de esa densidad de un contexto modernista o moderno que debería entenderse la crítica que hace Bustillo de las teorías corbuserianas –incluso a pesar del peso que le asigna a la decoración–. □